

El aporte de la familia al trabajo según Leonardo Polo

The contribution of the family to work, according to Leonardo Polo

Genara Castillo Córdova

Doctor en Filosofía
Profesora Facultad de Humanidades,
Universidad de Piura
genara.castillo@udep.pe

Resumen: Trata sobre el aporte que la familia da al trabajo, centrándose en el ser personal que es una dimensión radical. A partir de la consideración del origen (los padres) vemos la importancia de reconocer esa dependencia originaria. Ese reconocimiento permite acceder a fines altos, ver la vida como una tarea encomendada por Dios y a partir de ahí el trabajo se enfoca de una manera más humana.

Palabras claves: persona, origen, familia, paternidad, procreación, trabajo, Leonardo Polo

Abstract: It is about the contribution that the family gives to work, focusing on the personal being that is a radical dimension. From the consideration of origin (parents) We see the importance of recognizing that original dependence. This recognition allows access to high ends, to see life as a task entrusted by God and from there the work is focused in a more human way.

Keywords: Person, origin, family, paternity, procreation, work, Leonardo Polo

1. Introducción

Es ya un tópico, un lugar común, la afirmación de que la familia es célula de la sociedad. En esa línea se suele poner el acento en que la familia es el primer ámbito educativo, de manera que ahí se adquieren virtudes importantes para luego poder desempeñarse bien en la vida social.

Con todo, reconociendo que esto es verdad, los filósofos podemos tratar de ir más allá de la esencia humana, y cabe preguntarse si existe un nivel aún más profundo en el que la misma esencia humana se sostiene, el del acto de ser personal, y de qué modo la familia aportando ahí en ese nivel está ayudando también al ámbito del trabajo humano.

Y si –siguiendo a Leonardo Polo (1999)– el acto de ser personal es radical, si está en el origen de la existencia humana y si los padres son procreadores, es decir si prestan su colaboración al acto de creación divina, entonces partiremos de la paternidad y maternidad en relación con la procreación, de manera que al ponernos en relación con el origen humano (paternidad, maternidad) nos ponemos en relación con el origen divino, lo más profundo de nuestro ser. Y finalmente, al enraizarnos en ese origen divino ver de qué manera eso ayuda al ámbito del trabajo humano

2. La relación con el origen: los padres procreadores

La vivencia psicológica de nuestro origen se produce desde la más tierna infancia, de cara a los padres. Así, cuando –por ejemplo– un padre al jugar con su hijo le gasta la broma de preguntarle “Y tú, ¿quién eres?”, “No sé quién eres”, la réplica inmediata del niño es casi un grito angustioso: “¡Soy tu hijo!”

De alguna manera el ser humano necesita saberse enraizado, no ser un “verso suelto”, quizá en lo más profundo de nuestro ser tenemos un cierto saber acerca de que tenemos un origen, y aún en el plano humano, nos sabemos enraizados en una familia, en una tierra, etc., a través de los cuales experimentamos esa dependencia que en definitiva está en Quien nos ha dado el ser, y con nosotros a nuestros padres y a todas las demás personas.

Aquilino Polaino, en un libro conjunto titulado *Metafísica de la familia* nos recuerda que:

El acto fundacional de un nuevo ser, núcleo consistente sobre el que se alza la paternidad, es un acto trascendente que sobrepasa con mucho la mera unión sexual de un hombre y una mujer. La paternidad humana es trascendente porque ser padre es constituirse de un modo

nuevo y respectivo de un nuevo hijo (apertura) y sobre todo porque tiene su origen en la paternidad divina de quien los padres toman, como co-partícipes que son, su poder creador (...) Por eso, el término Padre sólo corresponde radical, estricta y plenamente a Dios. La paternidad del hombre, en cambio es relacional, analógica y por participación de la paternidad divina (2010, p. 302).

Esta conciencia de que los hijos son más hijos de Dios que de ellos mismos, hace que las relaciones de los padres con sus hijos se alejen de la tendencia posesiva y más bien contribuye a que crezca en ellos la responsabilidad para cumplir de la mejor manera la tarea encomendada. Y para ello les pone delante la importancia de acudir a Dios para ser los padres que sus hijos necesitan, cuando los necesitan y para lo que les necesiten. Así, un gran educador, Tomás Alvira recuerda que los padres tienen el cometido de ayudar a crecer a los hijos:

Ese desarrollo no puede hacerlo el niño solo. El hombre para llegar a su plenitud tiene, además de un desarrollo natural o biológico, un desarrollo espiritual, por el cual llega a adquirir una personalidad, la suya. No hay otro hombre idéntico a él. Pero para alcanzar esa plenitud, el hombre, desde que nace, precisa ayuda, auxilio. Es así como vemos clara la necesidad del educador y cómo vemos a la educación enlazando unas generaciones con otras (1970, p. 3).

El resultado de todo ello es que tanto padre como –paulatinamente– los hijos se sitúan en un ámbito trascendente que les hace posible tener un fin o propósito trascendente en su vida y por tanto ven con serenidad el aquí y el ahora, impidiendo que se aboquen desafortunadamente a la obtención y disfrute de los bienes mediales, se ven de alguna manera liberados.

Leonardo Polo en el mismo libro *Metafísica de la familia* (2010) advierte que en los hijos esa dimensión trascendente de la vida se va obteniendo en la medida en que van alcanzando su madurez, lo cual es paulatino porque el ser humano no tiene de una sola vez el reconocimiento de su acto de ser personal, sino que lo renueva a lo largo del tiempo, en el cual la familia tiene un papel de gran importancia:

A partir de su prematuro nacimiento, el niño está llamado a un crecimiento psíquico y corpóreo prolongado. Su vida es algo así como una construcción por fases de su propia madurez. La primera de esas fases es la integración de su afectividad, la cual sólo es posible en la familia. Siguiendo una sugerencia de Kant, cabe describir la integración afectiva del hombre como la percepción de la armonía entre sus facultades, es decir, del acuerdo y la concordancia entre ellas (Polo, 2010, p. 320).

El esfuerzo en armonizar sus facultades no es algo fácil –ni para el niño ni para sus padres–, pero como señalamos al comienzo, la

esencia humana está unida al ser personal, por lo cual si aquélla se descompensa pierde su capacidad de fin y la persona puede experimentar un gran desconcierto:

Este acuerdo está siempre amenazado por atrofas o hipertrofas que las descompensan. Es lo que puede llamarse desarrollo aislado de su capacidad de desear y de conocer, que repercute en ellas limitándolas. Sin la integración afectiva básica, los deseos humanos constituyen un haz divergente, que reduce el vigor de su dirección hacia el fin, y que, por tanto, da lugar a la retención de la intención deseante en los medios. Este riesgo se acentúa en la medida en que el tiempo histórico aumenta los medios disponibles. La situación actual de nuestra cultura ofrece con claridad este rasgo: hipertrofia de medios, atrofia de la unidad del fin. (Polo, 2010, p. 321).

Pero no sólo las tendencias sensibles se desorganizan, sino que junto con ellas el mismo conocimiento se hace unilateral, se podría decir que la inteligencia recorre “caminos extraños”. Según Polo:

En lo que respecta al conocimiento, su plural despliegue da lugar al haz inconexo de las especializaciones. Las especializaciones son la hipertrofia del pensamiento discursivo o, como dicen los sociólogos, del pensar racionalizado. La contrapartida de la limitación del conocimiento al discurso es la pérdida de la capacidad inventiva, de la anticipación con que la inteligencia descubre intuitivamente lo trascendental, es decir, la densidad de lo real que los filósofos llamamos *ser* y de su íntima compatibilidad, a la que llamamos *verdad* (2010, p. 321).

Si las motivaciones humanas se quedan en el nivel básico de la satisfacción de deseos y el conocimiento de tan especializado se hace inhábil para avizorar fines trascendentes, entonces se puede llegar a situaciones de agotamiento final:

Surge así el tipo humano al que Max Weber describe como “especialistas sin espíritu y gozadores sin corazón”. Se trata de una nulidad humana que se imagina haber ascendido a una nueva fase de la humanidad jamás alcanzada anteriormente, pero que vive en un estuche vacío o una jaula de hierro: una vida humana encapsulada en lo procedimental, una sociedad que no se abre a ninguna novedad, situada en un estadio terminal, como dice Francis Fukuyama: *El fin de la historia y el último hombre* (Polo, 2010, p. 321).

3. Aporte al ámbito del trabajo

De acuerdo con lo expuesto, si el niño o joven no son ayudados en la familia a tener una afectividad normal, si por perder su relación con los fines se abocan ciegamente a los medios, tratando de cobrarse

en ellos, jugándose ahí su valía (perdida por no ser reconocido ni reconocerse como persona), el ámbito medial de la economía y del trabajo humano se ve afectado, ya que es muy distinto si el agente social, económico, que es el hombre es un sujeto temeroso, inseguro, individualista, narcisista o si es seguro, esperanzado, colaborador e inventivo:

Es la seguridad de fondo, inicial, que abre paso al crecimiento sin antagonismos de las facultades humanas superiores; el confiar como base de la esperanza, es decir, de la actitud ante el futuro como sede de las metas a alcanzar sin impacencias, tensándose hacia ellas. La integración de la afectividad es el cometido básico de la educación familiar. La alegría y el buen humor evitan el recargar la motivación por el temor al esfuerzo que el actual requiere (...). En un contexto dubitativo sólo puede crecer la inseguridad personal, la lamentable experiencia del abandono (...). Los hijos son tanto más felices cuanto más seguros se sienten de ellos mismos, lo que exige formarlos en la confianza de su propio valer: ser respetados y confirmados en la verdad de su ser por aquellos que son su origen. Los hijos son felices si no se clausuran en el hermetismo que produce la desconfianza (Polo, 2010, pp. 321-322).

Qué distinto es cuando el ser humano vive bien su condición de hijo, en su ser reconocido y a la vez esperanzado respecto a la gran tarea de aportar a través del trabajo humano:

El sentido del trabajo es distinto cuando el hombre se acepta como hijo y cuando rechaza esa condición. Para el que se sabe hijo, el trabajo es una tarea siempre referida a una encomienda a la que responde al tratar de realizarse como hombre (se desarrolla en el seno de la virtud de la piedad). Para el que rehúsa su condición filial, el trabajo es la colmación de un interno vacío: atribuye al trabajo el valor de una autorrealización como puro resultado (Polo, 2010, p. 322).

Según la *Antropología trascendental* de Polo (1999), la persona, su acto de ser, es la de un sujeto donante, una intimidad co existente, radical y libremente abierto a lo real, al ser del universo, a las personas divinas y humanas en una tarea de servicio de entrega generosa, lo cual es muy distinto del individualismo, de un sujeto que lleva muy mal o rechaza virulentamente la sola posibilidad de ser hijo, que la vive como algo insoportable rompiendo su dependencia originaria:

El supuesto más problemático de la renuncia a ser hijo es la noción de individuo (...) Dicha actitud comporta un déficit antropológico. El ser humano no es un individuo –un indiviso–, sino una realidad sumamente compleja, que requiere una averiguación de sus entresijos, esto es, de la conexión de sus facultades, las cuales pueden ajustarse o irse desajustando. El hombre tiene que aprender a serlo. Pero este aprendizaje puede fracasar, es decir, conducir al desajuste de las dimensiones de su ser. Dicho desajuste ocurre siempre que el hombre reduce el ámbito de sus

intereses, reducción inevitable en el aislamiento que comporta la idea de individuo, el cual sólo mantiene relaciones de intercambio de medios con los demás (Polo, 2010, p. 323).

Esto es bastante pertinente recordarlo en los momentos actuales en que la situación crítica globalizada sólo podrá ser superada desde la comunicación, la colaboración y la solidaridad; todo lo cual requiere del aporte de las familias. En este sentido sostiene Polo:

A partir de la integración de la afectividad que se logra en la institución familiar, el ser humano entabla relaciones caracterizadas por la comunicación, es decir, por el diálogo y la cooperación, por el otorgamiento recíproco de aportaciones que parten de cada uno y revierten en todos. Como ser dialógico el hombre no es individuo, sino persona. Cooperación y comunicación comportan relaciones más estrechas que la coordinación mercantil, puesto que llevan consigo un redundar renovado: la cooperación incrementa la base misma de las operaciones concertadas; el diálogo instaaura un ámbito de conocimientos compartidos, un enriquecimiento mutuo. Es así como la voluntad y la inteligencia funciona en un régimen interpersonal, abierto siempre a novedades, a puntos de partida nuevos alcanzados en común. En cambio, la racionalización mecanicista, la mera reiteración del deseo, no son innovantes: dependen de condiciones iniciales fijas que solo permiten alcanzar un resultado homeostático. Pero el hombre no es un sistema equilibrado de esta manera, sino un ser que busca equilibrios hiperformalizados (Polo, 2010, p. 323).

4. Desde la familia a una antropología del amar, del aceptar y del don

A partir de lo expuesto podemos concluir que uno de los retos más potentes de la familia es no perder ser esa comunidad de vida y amor. Algunos consideran que la familia es el último reducto donde se pueden tejer relaciones auténticamente significativas, ya que al primar el *homo aeconomicus*, gran parte de las relaciones humanas se reducen a la utilidad cuando no al placer.

Dependiendo de las diferentes latitudes quizá en algunos lugares o ámbitos la familia aún tiene mucho espacio y tiempo que re conquistar. Por ello, y en lo que toca al campo del trabajo humano la empresa u organización laboral tendría no sólo que conciliar con la vida familiar sino que tiene que favorecerla.

Según Polo (1999) el amar va unido al aceptar y al don. La donación requiere para empezar del *saber dar y saber aceptar*. Hay quienes no saben dar, o su dar es mostrenco; pero también hay quienes no saben aceptar y sin aceptación no hay don, de modo que frustran cualquier intento de dar que tenga la otra persona. Este saber dar y aceptar requieren aprendizaje, por eso en la familia se aprende

a interesarse por cada miembro de la familia, especialmente por el más débil y necesitado. A menudo se da que de unos padres que no han sabido dar ni recibir se tienen hijos que desconocen la riqueza de las relaciones humanas.

Además, la capacidad de entrega y de acogida va creciendo en la medida en que se van adquiriendo virtudes humanas, las cuales dependen de las edades (Isaacs, 1981). Con todo, para dar hay que darse. Es decir, el don debe ir “acompañado” de uno mismo, de lo contrario no es un don realmente, es algo mecánico o incluso falso. El darse tiene una clave y es el poseerse (autodominio que dan las virtudes). Sólo quien se posee puede dar pero sobre todo podrá darse.

Y como las virtudes **éticas** hacen posible el ser libres (libertad moral) y es lo que corona el desarrollo en el plano humano, son tan necesarias para poder amar en el nivel trascendente lo cual se entiende en términos de libertad. De ahí que en la familia el don básico –y el gran aprendizaje– es el aprender a tomar buenas decisiones. El amor es tarea, es encargo, que se va realizando en la vida diaria, a través de las decisiones continuas que se van dando.

Esa misma libertad en sus diferentes niveles así como el saber tomar decisiones adecuadas, se ponen a prueba en el amplio mundo del trabajo. La iniciativa es característica del amor porque el amar como el servir requieren de una renovación constante porque lo propio del amor es crecer. “Dijiste basta, percaste”, dice San Agustín. El amor nunca tiene bastante, siempre parece poco, por eso uno se enfrenta con el inevitable reto de “construirlo” día a día, con generosidad, lucidez, fortaleza y gran inventiva.

Por eso también la luminosidad y alegría de un hogar es tan importante para quienes viven ahí. En este sentido se ha dicho (Alvira, 1998), que el hogar es el lugar al que se vuelve, es como un centro originario hecho no sólo de recuerdos, sino de vidas **únicas**, irrepetibles, insustituibles; cuyo dinamismo donante ha impactado recíprocamente en cada uno.

También por ello, cuando el mundo laboral se oscurece y se hace mecánico, es porque las familias se han detenido, cuando han perdido vitalidad. Ambos van unidos: trabajo y familia, para poder poner en marcha los desafíos actuales. Actualmente, la consagración de la noción económica de valor ha reducido las metas humanas al nivel de los medios y es preciso levantar la mirada, ser capaces de valoraciones muy altas, como lo recuerda Polo, en su libro *Quién es el hombre*:

La sociedad civil está así estrechamente vinculada a la valoración. El sistema de valoraciones calibra cómo es una sociedad. Hay un modo de atribuir valor que seguramente es un descenso: el puro precio; tanto ganas, tanto vales. Es un criterio de valoración hoy sumamente instalado

en nuestra sociedad, que está bastante disgregada, entre otras razones, porque le está fallando la base familiar (Polo, 2003, p. 62).

En suma, de la familia depende humanizar el ámbito medial, económico, laboral, y con ello ponernos en condiciones de acercarnos a un mundo más humano donde el valor de la persona esté por encima de otros valores y donde las futuras generaciones puedan vivir con más respeto, equidad y solidaridad.

Referencias

- Alvira, R. (1998). *El lugar al que se vuelve. Reflexiones sobre la familia*. Pamplona: Eunsa.
- Alvira, T. (1970). *Los padres, primeros educadores*. Folletos Nuevo Tiempo. Lima
- Aristóteles (1970). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Cruz, Juan (ed.) (2010). *Metafísica de la familia*. Segunda edición. Pamplona: Eunsa
- Pieper, J. (1972). *Las virtudes fundamentales*, Madrid: Rialp.
- Polaino, A. (2003). *En busca de la autoestima perdida*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Polo, L. (1991). *El optimismo ante la vida*, Lima: Colegio Salcantay. Disponible en sitio web: www.leonardopolo.net
- Polo, L. (1996a). *Ética*. Madrid: Aedos.
- Polo, L. (1996b). *Sobre la existencia cristiana*, Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (1998). La esperanza, *Scripta theologica*, 30 (1), 157-64.
- Polo, L. (1999). *Antropología trascendental, I: La persona*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (1999). *Presente y futuro del hombre*. Madrid: Rialp.
- Polo, L. (2003). *Quién es el hombre*. Madrid: Rialp.
- Polo, L. (2006). *Ayudar a crecer. Cuestiones de Filosofía de la educación*. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2010). El hombre como hijo. En Cruz, J. (ed.), *Metafísica de la familia*, 317-325. Pamplona: Eunsa.
- Rodríguez Sedano A. y Altarejos, F. (2004). Identidad, coexistencia y familia, *Estudios sobre Educación*, 6, 105-118.
- Sellés, J. F. (2008). La familia como origen y fin de la solidaridad. *Anthropotes*, 24 (2), 413-432.